

Autor: Abilio Ayuso
TREN A NINGUNA PARTE

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Si te crees por encima del común de los mortales...
ten cuidado, no sea que el destino te haga tomar el:
“Tren a ninguna parte”.

+14

Si tuviéramos que definir a Cocó en pocas palabras, deberíamos decir que era una triunfadora en todos los aspectos, a sus veintiocho años su belleza estaba en el máximo esplendor, ayudada por todo lo que la ciencia, cosmética, gimnasios y en general el dinero, pudiera aportar.

Era guapa, culta, elegante y sofisticada, lo sabía y abusaba de ello. Hacía poco había dejado a su novio por lo que ella consideraba un pecado imperdonable, hacer el ridículo y que se hiciera viral en Internet.

Ni siquiera se lo dijo directamente, sino que colgó un mensaje en las redes sociales diciendo que, visto lo visto, prefería volver a ser soltera, el pobre muchacho se encontró con el bochorno y sin novia.

Ella trabajaba, cuando y como quería, de directora y relaciones públicas en un comercio de superlujo del centro de la ciudad, según ella por méritos propios, aunque omitiendo que su padre era el principal accionista.

Para desplazarse desde la exclusiva urbanización donde vivía hasta su trabajo acostumbraba a utilizar un taxi ya que, aunque poseía un Mercedes deportivo, no estaba dispuesta a competir con la chusma que abarrotaba la autopista de entrada a la ciudad, ya se encargaría de ello el taxista mientras ella repasaba en su portátil las últimas tendencias o chafarderías.

Sin embargo, cuando le informaban que por causa de algún accidente o manifestación se había producido una importante retención regresaba tomando el tren hasta un pueblo cercano a su casa y desde allí el taxi, lo cual no era un gran sacrificio ya que el comercio se hallaba a escasos trescientos metros de la estación término desde donde partía el convoy, con lo cual podía sentarse cómodamente, eso sí, quejándose en su interior de que ya no existiera la clase primera en los trenes actuales.

Aquel era uno de esos días, se dirigió a la estación mirando despectivamente la variedad de público que buscaba el correspondiente andén y subió al tren por la puerta delantera que le permitiría acceder directamente a la salida en la estación destino.

Comprobó con satisfacción que en los dos grupos de cuatro asientos al inicio del vagón no había nadie y ocupó el de la derecha, junto a la ventanilla, en dirección a la marcha.

Evidentemente el tren no era para ella sola, antes de que se cerraran las puertas una familia con niño ocupó el grupo de asientos de la izquierda, y para su disgusto se aposentó en su mismo grupo, aunque respetuosamente en diagonal, un muchacho melenudo, guapo, aunque con un tipo de belleza algo primitiva y salvaje, portando una voluminosa mochila, guitarra y una pinta tan rústica que parecía dispuesto a explorar la selva amazónica.

Aquel gañán tuvo la osadía de saludar a Cocó y dedicarle una sonrisa, recibiendo a cambio una gélida y despectiva mirada y la callada por respuesta.

Tres paradas más adelante se apeó la familia con niño y Cocó se cambió a los asientos del otro lado del pasillo de forma altanera y ostentosa, el muchacho se limitó a esbozar una leve sonrisa, se apalancó en su asiento y se puso a dormir.

En la parada anterior a la que se dirigía la muchacha ocurrió algo fuera de lo común, todos los pasajeros se apearon excepto el chico dormido, pero ella no pudo verlo porque estaba al inicio y en dirección a la marcha.

A partir de aquel momento tuvo la impresión de que el tren adquiría una velocidad inapropiada para una red de cercanías, obteniendo la confirmación al observar que su estación se perdía a lo lejos, se levantó airada dispuesta a protestar y se quedó atónita al ver que el único pasajero era el chico de la guitarra que roncaba plácidamente.

Cuando observó que otras dos estaciones pasaban como una exhalación se dirigió al vagón contiguo para buscar al interventor y pudo comprobar aterrorizada que faltaba el resto del tren, la puerta de comunicación daba directamente a las vías que quedaban atrás a una velocidad de vértigo, en ese momento decidió actuar, se agarró con fuerza a una de las barras y estiró enérgicamente de la maneta de alarma que cedió sin resistencia y sin efecto alguno, lo mismo sucedió con las otras cuatro del vagón.

Con más miedo ya que indignación se dirigió hacia la puerta que daba al habitáculo del maquinista y comenzó a golpearla y llamar cada vez con más fuerza, no hubo respuesta alguna, el muchacho abrió un ojo, se dio media vuelta y continuó durmiendo.

Estaba claro, aquel maldito cacharro se había estropeado y acabarían estrellados, tomó el móvil para llamar a la policía, bomberos o quien fuera, pero no había la más mínima cobertura, tampoco consiguió que el localizador le dijera donde se encontraban y no lo pudo reconocer visualmente ya que atravesaban un lugar desolado sin el menor atisbo de civilización.

Sin saber que hacer, optó, por despertar al chico de la guitarra para ver si su móvil funcionaba y lo hizo sin demasiada delicadeza: “Deja ya de dormir, ¿No ves lo que nos está pasando?”.

Él la miro sin la amabilidad de la vez anterior y le contestó secamente: “¿Que coño tengo que ver?”.

“Pues que el tren no está parando en ninguna estación”.

“Bueno, será un directo”.

“Y no hay nadie más y el resto del convoy ha desaparecido”.

“Pues porque la gente sabría que es un directo y se han apeado y tal vez han desenganchado porque esta parte del tren va directa, el resto hace las paradas habituales y tú no te has informado”.

“¿Pero no ves por donde estamos pasando a toda velocidad?, no hay rastro de civilización, ¿A dónde ibas tú?”.

He pedido un billete para el final de trayecto, es la primera vez que tomo esta línea, voy a la aventura, a lo que salga, y como en el final seguro que tiene que parar llegaré a mi destino”.

“Vale pues déjame tu móvil a ver si me entero de algo, el mío no funciona”.

“En principio... No llevo móvil, ya te he dicho que voy viviendo la aventura y en segundo lugar, de la forma tan estúpida como te has comportado antes... Aunque lo tuviera no te lo prestaría, ahora no me expliques más rollos y déjame dormir”.

Se movió arriba y abajo como una pantera enjaulada sopesando posibilidades, saltar a las vías era puro suicidio y no estaba por la labor de estropear su precioso físico, el móvil tenía en aquel momento menos utilidad que un ladrillo y los golpes que volvió a dar en la puerta del maquinista no sirvieron de nada.

Finalmente se dirigió a la parte trasera del vagón y se aposentó apoyando los pies en el respaldo delantero, calculando que en caso de impacto sería la mejor posición para sobrevivir.

No acababa de comprender como el tren circulaba desde hacía bastante rato por un páramo nevado y neblinoso que según sus conocimientos de geografía no existía por aquellos contornos.

Le hubiera gustado poder compartir su preocupación, aunque fuera con aquel gañan que dormitaba, pero era demasiado orgullosa para intentar conversar con él después de la respuesta recibida y mucho menos pedirle disculpas por su actitud anterior.

Finalmente, el vagón fue perdiendo impulso, como circulando en punto muerto, cuando ya estaba a una velocidad mínima se acabó de detener al impactar con los topes del final de las vías, eso hizo que el muchacho se despertara por completo.

De inmediato se abrieron todas las puertas de ambos lados del vagón y un aire gélido azotó a nuestros dos pasajeros, lo único que se veía alrededor era, a unos doscientos metros de distancia, una pequeña casamata de cemento rectangular, de las que acostumbran a contener un transformador, de la cual surgía un poste rematado en una pantalla medio oxidada en la que lucía una solitaria bombilla.

El chico lanzó por la puerta más cercana su pesada mochila y saltó ágilmente del tren junto con su guitarra, de inmediato se dirigió hacia aquel cubículo sin volver la vista atrás ni preocuparse de Cocó que tuvo bastantes problemas para bajar sin romper sus tacones ni la estrecha falda de su traje chaqueta, ya que, además de no existir andén que ayudara al descenso, la vía circulaba por un talud de grava casi un metro por encima del terreno circundante.

Cuando lo consiguió dio la vuelta para ver quien era el desgraciado maquinista que les había traído a semejante lugar, decirle de todo menos guapo y preguntarle cuando partiría de regreso aquella chatarra andante, pero se quedó de una pieza al ver que ambas puertas de la cabina del conductor estaban abiertas y allí no había un alma.

Cuando se convenció de que aquel trasto se había quedado allí inmóvil miró alrededor a tiempo de comprobar que el muchacho de la guitarra penetraba en la casamata de cemento y cerraba tras de sí la pesada puerta metálica, al tiempo que un vetusto todoterreno con ruedas adaptadas al hielo se ponía en marcha escupiendo humo y se perdía de su vista trepando trabajosamente por un camino de carro totalmente helado.

Cocó se dirigió como pudo hacia aquel lugar en busca de algo o alguien que la sacara de allí, cuando llevaba medio camino recorrido escuchó el ruido de las puertas del tren al cerrarse y maldijo en todos los idiomas al ver que se ponía en marcha en dirección opuesta de la que había venido desapareciendo en el horizonte.

Para colmo de males comenzó a caer una lluvia pertinaz que hacía más resbaladiza la superficie helada, intentó subir por el camino que había seguido aquel vehículo, pero apenas había trepado unos cuantos pasos resbaló por el hielo cayendo hacia abajo una y otra vez.

Por último, se acercó a la puerta metálica del cubículo y la golpeó. En su centro se abrió un ventanuco con rejilla que le permitió ver el minúsculo interior ocupado casi en su totalidad por un enorme jergón y una estufa de carbón que ardía prometedoramente.

En tono imperioso le dijo al muchacho: “Déjame entrar, me estoy helando”.

“A ver... Bonita, he pagado cincuenta euros por esta habitación y esta noche no tengo ganas de compartir cama con una estúpida”.

“Está bien, harás un buen negocio, te doy quinientos euros por ella, pero te tienes que largar”.

“¿Largarme a dónde?, ¿Aún no te has dado cuenta de que no hay dónde ir?”.

“Vale, tú ganas, te doy mil trescientos, es todo lo que llevo y además un Rolex de oro”.

“Mira nena, por una cuestión de principios no te la dejaría ni por un millón, además en este caso no es cuestión de dinero sino de supervivencia”.

“¡Te juro que te acordarás de esta desgraciado!, encontraré una salida y te denunciaré por intento de violación o lo que sea, y te aseguro que antes me creerán a mí que a un piojoso como tú”.

Por toda respuesta el chico dijo mientras cerraba la rejilla: “Ves a tomar por culo, que te diviertas”.

Pensó que si no podía subir por aquel camino helado seguiría la vía del tren hasta llegar a cualquier estación, aunque fuera un minúsculo apeadero, pero comprendió su error de inmediato, porque a poca distancia las vías atravesaban un estrecho, pero profundo cañón apoyadas únicamente en un par de vigas poco más anchas que las mismas vías.

Bajo aquel aguacero intentar cruzar por allí era la muerte segura y más con los temblores y tiritonas que la sacudían.

También intentó caminar hacia adelante por aquel páramo, pero retrocedió al comprobar que la nieve le llegaba hasta las rodillas.

La oscuridad se estaba haciendo completa, estaba tan mojada como si se hubiera caído en una piscina y sentía que el frío le hacía perder la sensibilidad en todo el cuerpo, se dirigió irremediablemente hacia la única luz existente, la que brillaba encima de la casamata.

Se daba cuenta de que no tardaría en morir de hipotermia mientras al otro lado de aquella maldita puerta de hierro la temperatura resultaba muy agradable.

Le parecía una idea tan absurda, un triste y estúpido final para su vida, se dejó caer en el suelo sollozando apoyada en el frío metal.

Al encontrarse ante una muerte segura, toda su soberbia se había desvanecido y comenzó a gritar en voz lastimera: “¡Por favor, déjame entrar!, no permitas que me muera aquí mismo, ¿Cómo puedes dormir mientras alguien agoniza al otro lado de la puerta?, por favor, te lo suplico, déjame entrar, por Dios”.

Se destapó la rejilla y una voz potente le dijo: “Si entras será bajo mis condiciones y sin rechistar para nada ¿Vale?”.

“Si, por favor, pero no me dejes morir”.

Se abrió la puerta, unas manos poderosas la hicieron entrar cerrando detrás suyo mientras la mantenían junto a la pared y le decía: “Solo hay una cama y vas mojada como un pollo, para que no te mueras hay que quitarte toda esa ropa y secarte”.

Ella no podía casi ni moverse, pero colaboró en lo que pudo mientras el chico la dejaba tal como su madre la trajo al mundo y la frotaba vigorosamente con una toalla.

Acto seguido apartó el edredón que cubría el camastro, la estiró sobre el colchón rústico y la volvió a tapar, tomó un tazón que humeaba sobre la estufa, levanto la cabeza de la chica y se lo acercó a los labios diciéndole “Bebe despacio”.

Apuró el contenido y se limitó a contestar un simple “gracias”, sin embargo no reaccionaba, no paraba de temblar y estaba helada como una momia egipcia, el joven tomó una determinación, se quitó el chándal que llevaba, se metió dentro de la cama y se pegó a ella piel con piel.

Aunque era evidente que el cuerpo del chico estaría como máximo a treinta y siete grados, a Cocó le pareció como si quemara, notó que aquel cuerpo fuerte y musculado le estaba transmitiendo no sólo el calor sino la vida misma, deseaba que se apretara más y más contra ella, en un momento dado rodó colocándose boca arriba y estirando del muchacho para que se situara encima suyo, todos sus convencionalismos se habían evaporado, quería sobrevivir.

El chico la frotaba con sus poderosas manos mientras le decía: “Me sabe mal que hayas llegado a este extremo, pero la verdad es que te lo has ganado a pulso, hubiera sido tan sencillo que te hubieras comportado con algo de educación de buen principio diciéndome un simple: ¿Me dejas entrar por favor?”.

Ella sonrió levemente y contestó con voz apagada: “Tal vez me lo merecía por intentar comprarte y echarte de aquí en lugar de compartir, de todas formas, gracias por no dejarme morir y por darme este calor, pero no podré pagarte, ni se dónde ha quedado tirado mi bolso, pero aún llevo el Rolex”.

“Que tonta eres, ¿Te piensas que todo se compra con dinero?, venga, si me das un beso me siento completamente pagado”.

Ella sonrió y juntó sus labios con los del chico que la miró socarronamente y le dijo: “¿A eso le llamas tú un beso?, no es más que un picotazo, mi madre me los daba más intensos”.

Nueva sonrisa y una sola frase: “Tienes razón, las deudas se pagan”. A partir de ahí sus bocas se fundieron, primero con suavidad y luego apasionadamente.

En un momento dado ella se detuvo para decir: “Con el frío he perdido mucha sensibilidad, pero juraría que comienzas a penetrarme”.

“La idea es calentarte también por dentro, además, niña egoísta, no pensarías dejarme caliente como una mona”.

“Bueno, a estas alturas todo vale, aunque así sin preservativo ni nada sólo faltaría que me pegaras un sidazo o me dejaras preñada”.

“Tranquila estoy sano como una manzana, pero de lo segundo no puedo prometer nada, aunque para una chica con clase como tú el deshacerte de un embarazo no resultaría demasiado problema”.

“Si, eso es verdad, no sería la primera vez”.

Cocó se notaba revivir con la sangre fluyendo por todo su cuerpo y el placer inundándola, cuando finalmente pudo culminar un orgasmo genial se quedó un rato con los ojos cerrados, finalmente los abrió y dijo: “Joder, hemos follado y no se ni cómo te llamas ni quién eres ni a que te dedicas, igual puedes ser un mafioso o un terrorista”.

“Me llamo Sebastián, me he doctorado en física teórica y a partir de aquí he decidido abrir un paréntesis y recorrer algo de mundo sin programación, sin rumbo fijo, a lo que salga”.

“Un cerebritito, quien lo diría, más bien parece que vengas de cultivar zanahorias”.

“Las apariencias a veces engañan, ¿Y cómo se llama y a qué se dedica esta señorita?”.

“Bueno... me llamo Cocó...”.

“Jua, jua, un nombre muy apropiado”.

“Vale, ya estás pensando que soy una niña pija”.

“¿Y no es verdad?”.

“Tal vez sí, pero me gano la vida trabajando duro”.

“Déjame adivinar: Dirigiendo la unidad de infecciosos de un hospital o como abogada intentando parar desahucios de gente humilde”.

“No precisamente, dirijo un comercio de lujo”.

“Bien, pero será un puesto que has ganado mediante unas duras oposiciones frente a centenares de otros candidatos”.

“No acostumbro a explicarlo, pero aquí y ahora me da lo mismo: Mi padre es el principal accionista”.

“Bueno, una niña pija y mimada que se cree que el mundo es suyo, pero intuyo que bajo ese cascarón fatuo hay una personalidad digna. Cocó, ha sido un gusto conocerte, y en este caso no es una frase retórica sino una realidad pura”.

“Que cabrón, pues venga, déjate de presentaciones y tú que eres el dueño del garito dime donde puedo mear, porque ni quiero mearme en la cama ni salir con el culo al aire”.

“Pues tendrá que ser en ese cubo de hierro que ves en el rincón, cuando acabes lo echaré fuera”.

“Mear en un cubo, la cutrez máxima, por lo menos no mires, ni escuches”.

Al acabar se metió de nuevo en la cama precipitadamente viendo como Sebastián orinaba ostentosamente en el cubo mientras le decía: “Mira, ahora somos hermanos de pipí”.

“Si sólo fuera de eso ya lo daría por bueno, como no venga la regla me voy a cagar en todo”.

Durmieron abrazados después de apurar una lata de cerveza que el chico sacó de su mochila, al despertar hubo unos cuantos arrumacos y volvieron a hacer el amor.

Al final ella le dijo: “Escucha Romeo, me muero de hambre, a ver si tu física teórica sirve para alimentarnos”.

“Tranquila princesa, voy a reavivar un poco el fuego y te prepararé un menú de cinco tenedores”.

“Milagro sería”.

Sin embargo, al cabo de unos minutos un agradable olorcillo invadía la estancia, Cocó sacó la cabeza del edredón viendo como él removía el contenido de un bote de aluminio con una cuchara y diciendo extasiada: “Hostia puta, pues sí que tenías comida, que cabrón”.

“Claro que sí, un aventurero debe llevar siempre algo de comida en la mochila, vas a probar mi gran especialidad”.

“Huele bien, ¿Qué es?”.

“Una enorme lata de judías con chorizo, en las que remojaremos este trozo de pan duro para ablandarlo”.

Le acercó el potaje a la cama para que no cogiera frío, comieron con avidez compartiendo simultáneamente la única cuchara que poseían, ella farfulló con la boca medio llena: “Si me hubieran dicho hace veinticuatro horas que haría todo esto les hubiera tomado por locos”.

Amanecía con una luz difusa que se colaba por entre las brumas que parecían haberse aposentado permanentemente en aquel lugar. Sebastián comprobó que la ropa de la chica, convenientemente colgada cerca de la estufa ya se había secado, desprendiendo eso sí, más olor a leña que el salmón ahumado.

Le pasó el sujetador, las medias y las finísimas bragas de seda diciéndole: “De momento ponte esto, lo combinaremos con alguna ropa mía”.

“Pues voy a quedar preciosa”.

“Más feos están los muertos por congelación”. Dicho lo cual le alargó unos calcetines gruesos que a ella le llegaban muy por encima de la rodilla, luego su blusa, su falda y una camiseta térmica que le servía casi de vestido, encima de ello apenas le cupo su chaqueta de Chanel y remató la jugada un canguro impermeable del chico.

Tuvo que olvidarse de sus zapatos de tacón y usar unas zapatillas de Sebastián atándolas con tres vueltas a los tobillos para que no se le cayeran, una vez ataviada dijo: “Estoy preciosa, y ahora señor listo dime: ¿Dónde estamos y cómo vamos a salir de aquí?”.

“Pues eso es lo bueno, que según todo lo que sé, estamos en un sitio que no debería existir, ni tendría que haber nieve en esta época, todo este lugar es absurdo”.

“Algo te diría el hombre del todo terreno”.

“No gran cosa, tenía prisa por marcharse, dijo que no me podía llevar, que no volvería hasta dentro de un mes y que la única forma que tenía para salir de aquí era ese mismo tren que paraba una vez al día”.

“Pero tío, esto es de película de misterio, un tren fantasma que viene sin conductor una vez al día a un sitio desolado sin otra salida, ¿Tú que opinas?”.

“Tal vez te reirás, pero teniendo en cuenta que ni este clima ni este lugar existen en el sitio de dónde venimos... Pienso que de alguna manera hemos atravesado un portal dimensional”.

“De cualquier otro me reiría, pero viniendo de un doctor en física teórica ya no me atrevo”.

“Pues hemos de estar al tanto, porque por lo visito la única forma de regresar es el maldito cacharro ese que abre y cierra sus puertas en un par de minutos, si estamos fuera esperándolo nos congelamos y si lo hacemos aquí podemos perderlo”.

Mantuvieron la rejilla medio abierta atisbando por turnos hasta que finalmente escucharon el consiguiente traqueteo y el topetazo al detenerse el vagón, junto con el sonido de las puertas abriéndose de par en par, Sebastián tomó su mochila y guitarra y se dirigieron hacia aquel cacharro lo más rápido que el palmo de nieve mojada les permitía, pero ella se quedaba atrás indefectiblemente.

Finalmente él tiró la mochila y la guitarra, retrocedió, la cargó sobre su hombro como si fuera un saco y emprendió una carrera enloquecida hacia la única posibilidad de salida.

Al llegar junto al tren la tiró dentro como si de un fardo se tratara y trató de encaramarse lo antes posible, las puertas se cerraron pillándole con medio cuerpo fuera, ella se levantó de inmediato y empujando entre los dos consiguieron forzar aquel mecanismo para que pudiera meter las piernas dentro mientras aquel vagón, circulando marcha atrás, ganaba una velocidad escalofriante.

Ocuparon el mismo asiento que a la llegada, apoyados el uno en el otro, agotados por el esfuerzo y la tensión, ella dijo en un susurro: “Pero tu mochila y tu guitarra, eran todas tus pertenencias”.

Él la besó en los labios contestando: “Hay cosas más importantes que todas las pertenencias”.

Tal cual estaban se quedaron profundamente dormidos.

El sonido de un silbato y las puertas al cerrarse hicieron que Cocó despertara sobresaltada con cara de pasmo, lo primero que pudo comprobar es que no llevaba puesta la parafernalia de ropa de antes sino su impecable traje chaqueta y que su bolso de Gucci yacía a su lado.

La familia con niño estaba sentada en el módulo de asientos contiguo, también había otros pasajeros y la estación que acababan de dejar se hallaba cuatro paradas antes de la suya, no pudo por menos de decir a media voz: “Me he quedado dormida”.

El muchacho de la guitarra sonrió y le contestó: “Si, pero tranquila, he vigilado todo el rato porque ese bolso es muy tentador para los chorizos”.

“Eres muy amable, ¿Cómo te llamas?”.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando él contestó: “Sebastián, ¿Y tú?”.

“No te rías: Cocó, ya sé que es de pija”.

“Bueno, lo es y pega con tu estilo y hasta con la forma en que me has mirado antes, pero intuyo que bajo ese cascarón fatuo hay una personalidad digna”.

“Oye Sebastián, y por casualidad... ¿No serás doctor en física teórica?”.

“¡Ostras!, ¿Cómo lo has adivinado?”.

“Haces cara de eso”.

“Pues eres la primera persona en mi puta vida que me lo dice, más bien piensan que vengo de cultivar zanahorias”.

“Es que soy muy intuitiva, y acabo de tener un sueño muy raro, ¿Tú por casualidad no te habrás dormido?”.

“Pues no, ya te he dicho que he vigilado todo el rato tu bolso y a ti, pero no ha sido ningún sacrificio, eres muy guapa, tanto despierta como dormida”.

Cocó sacó una de sus preciosas tarjetas comerciales del bolso y escribió en el reverso: -A mi amigo Sebastián con afecto- al mismo tiempo que le decía: “Dirijo este comercio, si pasas por la ciudad ven a verme y te invito a comer o cenar, como tú quieras, aquí está apuntado mi móvil privado, si estoy ocupada di que he ordenado que me avisen como y cuando sea, también puedes alojarte en mi casa si quieres, desde que se fue mi novio hay sitio de sobras, ¿Por casualidad llevas móvil?”.

“Pues no, voy totalmente a la aventura sin saber dónde estoy ni a donde voy”.

“Y has tomado un billete para el final del trayecto”.

“Que lista eres”.

“Lo suponía, pues cuando yo me baje no te pongas en dirección a la marcha y no pierdas de vista al resto de la gente, si ves que todos se bajan en una estación... Te apeas tú también, y sobre todo no te duermas, en esta línea suceden cosas extrañas, a veces desenganchan un vagón por avería o lo que sea y lo dejan abandonado en una vía muerta”.

“No sé qué habrás soñado mientras dormías, pero has cambiado de actitud como de la noche al día, nadie me había agradecido tanto que vigilara su bolso”.

“¿Si te dijera que he soñado contigo, un sueño muy real, me creerías?”.

“¿Porque no?, pero real del todo no puede ser”.

“Pues fíjate, sé que llevas en la mochila una lata grande de judías con chorizo, media barra de pan duro, una armónica, una camiseta térmica de color azul chillón, un canguro azul oscuro con un dibujo de un oso en la espalda y unos calcetines gordos a rayas verdes y naranjas, y ya no te digo como son tus calzoncillos porque me da vergüenza”.

“Es como si hubieras estado conmigo en otra dimensión, ¿Ha estado bien?”.

“A lo primero no, sólo hasta que he dejado de ser una niña pija y mimada. ¡Huy!, mi parada, un beso Sebastián”.

“Un beso Cocó, hasta la próxima”.

“Hasta cuando tú quieras, sabes donde localizarme y yo a ti no”.

Tomó el taxi de siempre y comenzó a mirar los mensajes del móvil. No era su cantidad lo que la dejó helada, sino la fecha, era domingo por la tarde y ella había tomado el tren un sábado al salir de la tienda.

Como quien no quiere la cosa le preguntó al taxista: “¿Hoy es domingo día siete, verdad?”.

“Para todo el día señorita”.

Al llegar a casa apenas pudo dormir dándole vueltas al asunto, tenía una desconexión de veinticuatro horas, ósea que aquello había sucedido, pero no, porque ni su ropa estaba manchada, ni su bolso perdido ni nada que pudiera demostrarlo físicamente, ¿O tal vez sí?

Encargó en un servicio de farmacia urgente a domicilio tres predictors diferentes, los tres le dieron positivo. Sacó de su botiquín la pastilla del día después que guardaba por precaución y se la tomó sin ningún remordimiento, no le apetecía ser madre soltera de un amante ocasional semifantasma.

A partir de aquel día todos dijeron que Cocó había cambiado para bien, era más humana, menos creída y estúpida, y en general más buena persona, al cabo de un tiempo se reconcilió con su antiguo novio, porque un desliz puede tenerlo cualquiera.

Sebastián nunca contactó con ella. Buscando en Internet no encontró nadie que se hubiera doctorado en física teórica aquel año y se llamara Sebastián ni tampoco lo reconoció mirando las fotos que constaban en la web, aunque no tenía por qué ser español, pensándolo bien, aunque hablaba correctamente, lo hacía con un acento extraño difícil de identificar.

Cocó procuró no tomar demasiadas veces aquel tren, y si alguna vez lo hizo nunca se aposentó delante ni en dirección a la marcha, no tenía ganas de volver a viajar con el tren a ninguna parte, y menos sin la compañía de Sebastián.

FIN...